

Cinco

I

Él no tiene el aspecto de un marido, ni ella el de una esposa; pero él es el marido, y ella es la esposa, y tan sólo el amigo de visita parece un amigo de visita. Puede que ese amigo de visita haya llegado temprano, o que al marido se le haya hecho tarde; en todo caso, no es eso lo que importa. Hay que esperar y hace muchísimo calor. Se trata de una de esas veces en las que incluso lo más distante de pronto resulta estar muy cerca. Deben sentir una especie de impulso, pero tampoco parece ser un impulso lo que los gana; la esposa y el amigo del marido, que todavía no llega, proceden con excesiva soltura para considerarlos desbordados. Más bien se entregan a una extraña fatalidad: que pase lo que tiene que pasar. Con esa resignación, o con el automatismo de la costumbre, ella está de pronto sentada encima de él. El amigo del marido quiere mostrar sorpresa, no hacia la esposa del amigo, sino en general, porque lo que se espera de él es que la situación lo sorprenda. Pero el tedio o la indolencia pesan más en su semblante que la sorpresa que dice tener.

También la llegada del marido, aunque no sea exactamente una llegada imprevista, se supone que los sorprende, y tanto más se supone que lo sorprende al marido el cuadro con que se encuentra en el living de su propia casa.

—Veo que se divierten —dice.

La traición es doble, pero el enojo no dura. De un modo bastante argentino, el marido resuelve que la culpa la tiene la mujer.

—Esta zorra va a tener su merecido —dice.

Sin perder cierto aire ausente se agrega el marido a la escena, sellando de tal forma una amistad.

II

La que a mí me tocó en suerte tenía en la boca un tic muy notorio, y hasta después de que pasó un buen rato, no pude dejar de mirarle siempre esa parte en la que el labio repetía una torsión inmotivada. Luego ella empezó a reírse a cada momento, exagerando la risa tanto como los motivos por los que decía reírse; al menos, con el visaje de las risas, el tic se le esfumaba.

“¿Cómo te llamás?”, le dije. No estoy seguro de que, en un encuentro casual en una calle de la ciudad, la hubiese tuteado, pero aquí no cabía otra posibilidad. “Me llamo Sheila”, me dijo. “No”, le dije, “yo te pregunto cómo te llamás de veras”. “Me llamo sheila, de veras”, dijo. “Yo te pregunto tu nombre

auténtico", insistí. "Me llamo Sheila", dijo ella, "y no tengo nombre auténtico".

III

—La muy puta no va a olvidarse de la lección que le hemos dado —dice el marido.

Detrás la mujer se palpa, dolorida.

—Si alguna vez quiere olvidarla —dice el amigo—, el cuerpo se la va a recordar.

IV

En el flujo continuo de las calles y de las casas, se hacía difícil pensar que se trataba de ciudades distintas. Avellaneda, Banfield, Quilmes, Lanús, Gerli, Remedios de Escalada: uno pasaba de una a otra como quien se mueve dentro de una misma ciudad, sin fronteras o separaciones apreciables. Parecían barrios de una ciudad, y no ciudades cada una de ellas. Pero el que pertenece sabe, sabe que una avenida determinada separa lugares bien distintos, y que haber nacido de la avenida para acá no es lo mismo que haber nacido de la avenida para allá, o que haber nacido de la vía para acá no es lo mismo que haber nacido de la vía para allá.

El doctor Mesiano no era de esa zona, pero sabía. No precisaba vivir o haber vivido en ninguno de

esos sitios para evitar la simplificación de tenerlos a todos por un mismo suburbio, a todos como una misma periferia indeterminada. Sus razones eran, ante todo, de orden administrativo: no le importaba distinguir ciudades ni le importaba distinguir barrios dentro de una ciudad; sí precisaba distinguir jurisdicciones, porque cada jurisdicción definía una competencia, y cada competencia, una responsabilidad.

Así, las jurisdicciones ponían orden en los acontecimientos: no había hecho alguno que quedara fuera de ese orden, y de él obtenía su significación.

V

Todo en ese lugar era puro artificio, pero no el cuerpo accesible de la mujer desnuda. No el cuerpo desnudo que se extendía para quedar a disposición. Un cuerpo desnudo que se entregaba sin reservas ni reticencias. Y sin embargo, de ese cuerpo desnudo, de esa mujer desnuda, no había manera de obtener una verdad. Se podía hacer lo que uno quisiera con el cuerpo resignado, excepto sacarle algo que a las claras mostrara que era una expresión de autenticidad, y no un ardid o un fingimiento.

VI

A simple vista podía apreciarse una mera sucesión de paisajes siempre iguales, pero en el fondo no era así. Cada porción de suburbio tenía sus campos y sus descampados, sus propios centros, sus propios pozos, y su lugar en el mapa. No se trataba exactamente de un mapa como el que uno podía plegar y guardar en la guantera del coche, sino de un mapa que alguien como el doctor Mesiano, que sabía organizar, tenía siempre en su cabeza.

VII

Para sugerir que me distinguía con un trato especial, me dijo que yo sí podía pedirle lo que quisiera. Dio a entender que era un derecho al que no todos tenían acceso, porque aclaró: "Por ser vos". Entonces yo le dije que le pedía una sola cosa: que no fingiera. Ella se rió, me miró de arriba abajo y dijo: "Con vos para qué". Yo quería creerle, y no podía.

VIII

En mi ignorancia, apenas si alcanzaba a saber que Quilmes, además de una localidad del sur, era un equipo de fútbol de camiseta blanca y negra, y una cerveza que la mayoría de la gente encontraba

preferible a la cerveza Bieckert. El doctor Mesiano, en cambio, aparte de eso, sabía la historia. Los quilmes eran unos indios del norte del país a los que habían trasladado, por la fuerza y de a pie, hasta esta región por entonces deshabitada. El clima aquí reinante les resultó muy desfavorable: el frío húmedo de sus inviernos era cosa que desconocían. Tal mortificación se agregó a los padecimientos del traslado, que los había dejado maltrechos. Así fue que perecieron, todos sin excepción, los indios quilmes. Pero la ciudad ahora llevaba su nombre, para que no fuera a perderse del todo su memoria, y ese nombre pasó de la ciudad a la cerveza y de la cerveza al cuadro de fútbol, de manera que nadie podía no haberlo oído mencionar al menos alguna vez en su vida.

IX

Yo hubiese querido entender que todo entonces era falso, que no había nada que dejara de serlo. Pero tampoco parecían ser así las cosas. En todo caso había una parte de verdad y una parte de falsedad en lo que pasaba, aunque más no fuera una pequeña parte de verdad y una gran parte de falsedad; y yo no acertaba a establecer cuáles eran esas partes, cuándo empezaba una cosa y cuándo cesaba la otra. No importaba cuán a mi alcance estuviera el cuerpo de esa mujer imprecisa: su verdad, si es que la tenía, se me escapaba.

X

"Las partes y el todo", decía siempre el doctor Mesiano. El mapa separaba y distinguía zonas diferentes, postulando nombres y bordes infalibles, pero también unía esas diferentes zonas y las ponía en relación. De allí la importancia de quienes, como el doctor Mesiano, estaban facultados para moverse de un lado al otro, porque podían desplazarse y hacer traslados.

El doctor Mesiano opinaba que los traslados constituían un aspecto fundamental en el funcionamiento del sistema, y ésa era la enseñanza que extraía de la historia de los indios quilmes, una historia que ahora repasaba porque era a Quilmes, justamente, adonde teníamos que ir.

XI

Es un camino que sube y baja en suaves ondulaciones, pero que, en este tramo por lo menos, no presenta ninguna curva. En sus bordes crecen arboledas desaparejas; desapareja es también la sombra que ofrecen, y por lo que se ve, ningún lugareño la juzgó bastante para erigir una casa a la vera de la ruta. Nadie vive en esta zona y, en principio, nadie la transita. Hasta que, en un momento determinado, a lo lejos aparece una silueta. Tenemos que esperar un poco para entender la razón de la velocidad con que pro-

gresas: lenta para ser un automóvil, pronta para ser alguien de a pie. Se trata de una muchacha que viene en bicicleta. A juzgar por la vestimenta que luce, sus años no son muchos, y tan sólo el somero desgano vital que se adivina en su mirada desmiente esa impresión. Sin duda, las bajadas del terreno le conceden la dicha de acelerar sin esfuerzo, pero en compensación las subidas, que no son menos, la exigen y la agotan. Por eso se la ve refunfuñar acalorada. Su mayor dificultad, sin embargo, todavía está por acaecer. Acaso un pedazo de vidrio, acaso una piedra con punta, acaso un clavo que de alguna manera vino a parar ahí, pincha su rueda trasera. La muchacha se detiene y se baja de la bicicleta. Maldice sin excesos su falta de fortuna y se pregunta en voz alta si alguien aparecerá para ayudarla en este camino tan solitario.

No termina de decirlo, y se escucha a lo lejos el motor de un camión. ¿Se engaña o ha tenido un golpe de suerte? En efecto, ha tenido un golpe de suerte: un camión se acerca. Ella le hace señas inconfundibles, y el camión se detiene a un costado del camino. Es un camión del ejército y transporta a cuatro soldados (cinco, si se cuenta al que maneja, y el que maneja debe ser contado). Con toda inocencia, es decir, con toda la inocencia de la que es capaz, la muchacha les informa sollozante el problema que ha tenido. Los cinco soldados la miran y luego se miran entre sí. Le dicen que con todo gusto van a ayudarla a reparar su bicicleta. Vemos que también ellos son jó-

venes y están bastante sudados. El problema, desde su punto de vista, no tiene mayor gravedad. De buena gana van a llevarla hasta una estación de servicio que no dista más de diez minutos, y allí será muy simple reparar la pinchadura.

—Claro que antes —dice uno— podemos quedarnos por aquí y divertirnos un poco.

Sólo a la muchacha se le pasa por alto, o al menos eso aparenta, la evidente malicia que contiene la frase. De alguna manera entendemos, sin precisar que ninguno lo explicita, que estos soldados tan jóvenes como vigorosos hace un largo tiempo que no ven a una mujer. A la vez se espera que creamos, por mucho que algo de su aspecto en el fondo lo desmienta, que la muchacha de la bicicleta en su corta vida aún no ha conocido varón.

A un costado del camino, pasando una hilera de árboles torcidos por el viento, hay un claro. Hasta ese claro llegan los seis personajes de esta historia.

—¿Un picnic en la campiña? ¡Vaya si es divertido! —la muchacha, al parecer, no sabe lo que le espera. En su expresión hay algo que se resiste a la candidez, incluso cuando se muestra inocente y engañada. Los soldados la rodean y la observan con lascivia. Ella adopta el mismo gesto compungido que le vimos en el momento en que descubrió que la rueda de su bicicleta se había pinchado.

—Puedo caminar yo sola hasta la gasolinería —dice—. Déjenme ir.

XII

Las estaciones de tren son como hitos que señalan cada lugar, cada ciudad, y a la vez son el foco irradiante, el punto de origen por el que empezó cada ciudad. Pero desde el tren no se sabe dónde empiezan o terminan esas líneas de irradiación. Y los esquemas del doctor Mesiano no admitían imprecisiones: los límites de cada área, que eran a su vez los límites de cada jurisdicción, tenían que ser sumamente exactos, porque de la autoridad y de la responsabilidad podía decirse lo mismo que otras veces se acostumbra a decir de la libertad: que la de cada uno termina donde empieza la del otro.

Tal vez por eso mismo no usábamos el tren: íbamos y veníamos, por Mitre o por Pavón, con nuestro Ford Falcon; si había carga podían emplearse las F100, que en una publicidad se habían mostrado capaces de soportar el ser soltadas desde un avión, o eventualmente unos camiones formidables de la Mercedes Benz, que yo jamás tuve ocasión de manejar.

XIII

Me dijo agitada que nunca nadie la había hecho gozar así. "Me estás mintiendo", le dije. Me juró que estaba diciendo la verdad, la pura verdad, me juró por la salud de su madre que lo que decía era

verdad, la pura verdad. "Me estás mintiendo", le dije.

XIV

Dos soldados la sujetan de las manos y otros dos la sujetan de los pies. Ella un poco forcejea, pero pronto se resigna a que no tiene manera de escapar. Hay que ver con qué facilidad la ropa se le desprende: unos rápidos manotazos alcanzan a desnudarla. En cierto modo entendemos que ese cuerpo tan inmediato no habría de resistirse de veras, si bien la muchacha todavía está pidiendo a los soldados que la dejen ir.

La escena transcurre al aire libre y el sol cae directamente sobre los cuerpos desnudos. De fondo se oyen los ruidos del campo. La ruta ha quedado bastante lejos de esta escena, o por lo menos no les entrega ninguna señal a la distancia. Están completamente solos y aislados, en esta porción del mundo agreste, los soldados y la mujer.

El procedimiento es sin duda el más obvio, pero también el más eficaz: mientras cuatro se ocupan de aferrar a la muchacha por las extremidades, el que sobra se abalanza sobre ella. Después se produce una variante ligera, o no tan ligera: son tres los que la contienen, confiando en que disponer apenas de una mano libre o un pie libre de nada le servirá, y son dos los que gozan a un mismo tiempo de ella.

Cada tanto volvemos a ver, tan en detalle como

lo vemos todo, la cara de la muchacha. Tal vez todavía se queja, o tal vez ya no. Hay algo en ella de inexpresivo que nos impide saber a ciencia cierta si en todo este asunto sigue padeciendo o si algo existe ya del sentimiento inverso. Seguramente no es eso lo que más importa en la historia.

XV

Ella había dicho que yo, por ser yo, podía pedirle lo que se me diera la gana. Entonces yo le pedí que fingiera. Al principio no entendió. La até a la cama con dos medias y dos fundas. La até de veras: no podía moverse. Le pedí que fingiera que se quería ir. Le pedí que fingiera el disgusto y el horror; le pedí que de veras intentara zafarse de las ataduras, porque yo sabía que no podría zafarse de las ataduras aunque quisiera.

En efecto: quiso y no pudo.

Gemía: "Me hacés mal", y entonces yo tuve, debo confesarlo, mi mejor noche: la noche de la cifra mítica. Una marca que nunca hasta entonces había conseguido, y ya no creo que vuelva a conseguir.

XVI

Es un misterio cómo, si la ropa se la arrancaron a jirones, la muchacha aparece vestida otra vez igual

que estaba al principio. La cargan en la parte de atrás del camión. Allí viaja, se supone que hacia la estación de servicio, junto con su bicicleta averiada.

—La rueda van a emparcharla —reflexiona la muchacha—, pero estos tíos me han dejado tan pinchada que a mí no habrá quien me emparche.

XVII

Mientras gimió no me resultó ni persuasiva ni convincente, pero empecé incluso a creerle cuando en medio de extraños temblores exclamaba: "Me estás matando, mi soldadito, me estás matando, no ves mi soldadito que me matás".

XVIII

"En nuestro país", decía siempre el doctor Mesiano, "ganaron los unitarios, y no importa que digamos república federal". Por eso ahora, camino al sur, decía: "Quilmes es Quilmes, pero por encima de Quilmes está La Plata, y por encima de La Plata, está la Capital".

S/N

I

En los bordes del cielo empezaban a notarse, confundidos todavía con la oscuridad del resto, los primeros indicios de que iba a clarear. Por el espejo retrovisor, con el ritmo de los intervalos de las luces de la avenida, vi otra vez el tic en la boca de la mujer que me había tocado en suerte: me pareció que estaba peor que antes.

II

Por el costado se entraba al garaje. Hubo que esperar a que abrieran un portón azul bastante pesado. El portón corría por un riel. Pensé que iba a chirriar, pero no chirrió.

III

Torciendo un poco, siempre por el espejo retrovisor, alcancé a ver al hijo del doctor Mesiano, que

también viajaba atrás. Miraba por la ventanilla hacia afuera. No miraba ninguna cosa en particular, pero lo hacía con gran fijeza. Tocaba el vidrio con los nudillos de una mano apretada. Iba mordiéndose los labios.

IV

El acceso principal quedaba a la vuelta, por la calle Allison Bell. Bell era, si no me equivocaba, el inventor del teléfono. Supuse que Allison habría sido su mujer, o en todo caso su hija. Recuerdo que pensé: detrás de todo gran hombre, hay una gran mujer. Pero probablemente no eran esas las razones que justificaban el nombre de la calle.

La puerta del acceso principal, por la calle Allison Bell, no tenía número.

V

"Jamás hay que olvidarse de cuidar bien el lenguaje", dijo el doctor Mesiano. "Y en esta ocasión, el doctor Padilla no ha sabido cuidar el lenguaje en la forma debida."

VI

Paramos en la esquina de la calle Republicuetas. El doctor Mesiano me pidió un cospel para el teléfono público. Busqué en mis bolsillos, le di dos, y él bajó a hacer una llamada. Lo esperamos en el auto sin que nadie hablara. Yo sentía el golpeteo suave de los nudillos contra el vidrio, era el hijo del doctor Mesiano. En la esquina había una heladería que no abriría hasta setiembre u octubre. Hacía mucho frío en esta época del año, y mucho más a esta hora de la madrugada.

Era raro ver asomar las piernas del doctor Mesiano, el pantalón oscuro y los zapatos al tono, por debajo de las estridencias de la cabina anaranjada.

VII

En la planta baja había una cocina, y sobre la mesa de la cocina había un paquete abierto de medialunas. Por cierto, no nos convidaron; aunque presiento que, de todas formas, nos habríamos rehusado a comer alguna.

VIII

Dijo el doctor Mesiano: "Mi pobre hermana buscó, buscó y buscó, tenés que ver cómo buscó, y no

hubo caso. No le quedó especialista por consultar, ni método por probar, y no hubo caso”.

Ya íbamos solos en el auto, saliendo de Buenos Aires. El doctor Mesiano dijo: “Y estas conchudas hijas de puta, en cambio, que ni casadas están, tienen cría como conejas”.

IX

¿Y si de repente caía sobre la trinchera, en plena noche, un disparo de mortero? En las noches todo pasa de repente. ¿Y si el disparo malhería a un compañero en la trinchera? Así son las cosas de arbitrarias: juntos dos soldados, pegados uno al lado del otro; uno queda ileso y el otro malherido. ¿Y si el disparo le dio de lleno en las piernas, por ejemplo, y le arrancó de cuajo las partes que van de la rodilla al pie? Así es de frágil el cuerpo humano: donde había pierna y pie, o la mano con sus dedos, donde había un muslo, un codo, un hombro, de pronto no hay nada. ¿Y si justo en ese momento la orden era replegarse? Una orden jamás se desacata, pero tampoco se la piensa, ni se la pone en duda. ¿Y si justo en ese momento la orden era replegarse, y al compañero le estaban faltando las piernas? Dejarlo en la trinchera es entregarlo a manos del enemigo. ¿Y si el enemigo conocía la forma de interrogar a un prisionero? Arrastrarlo en el repliegue es poner en peligro a la compañía en su conjunto. ¿Y si por moverse con paso

lento el grupo quedaba bajo la línea de fuego? No se trata de una fuga, se trata de un repliegue estratégico, pero los repliegues estratégicos deben efectuarse igualmente con la mayor celeridad, amén del mayor orden. ¿Y si el compañero de trinchera fuese, además de eso, un amigo muy querido? El tiempo largo y la inquietud promueven tales afectos. ¿Y si el pulso temblara en el momento exacto de darle un tiro en la nuca al amigo muy querido? Es preciso tener siempre, al igual que los cirujanos, el pulso bien firme.

“No hay guerra sin crueldades”, decía siempre el doctor Mesiano.

X

Una de las mujeres expresó, con el énfasis del caso, que el hijo del doctor Mesiano había resultado un verdadero tigre. Dijo así: “Un verdadero tigre”. Hubo alguna efusión más, alguna otra exclamación. Pero el hijo del doctor Mesiano miraba con fijeza hacia afuera, golpeando sin fuerza con los nudillos el vidrio, y se mordía los labios como si fuera a lastimarse.

XI

En el horizonte más bien plano de los edificios de Quilmes, incluso del centro de Quilmes, este edi-

ficio, sin ser alto ni mucho menos, podía llegar a destacarse. No era alto ni tampoco era vistoso: apenas contaba con cinco plantas y su aspecto exterior se afeaba con la insípida impersonalidad que es propia de las dependencias estatales. Pero aun así, en el paisaje modesto de los chalecitos y de los monoblocks, este edificio podía llegar a llamar la atención. No era eso, sin embargo, lo que ocurría.

XII

"Hay días que un hombre no va a olvidarse en toda su vida", dijo el doctor Mesiano.

Su hijo miraba y miraba todo el tiempo hacia afuera, como si pudiera, con la mirada, golpear el vidrio de la ventanilla, igual que lo estaba haciendo con el borde de los dedos de la mano.

XIII

En otro tiempo podía considerarse que un tanque era prácticamente invulnerable. Pero después dejó de serlo: si se daba en el blanco del modo adecuado y en el momento exacto, un determinado proyectil podía llegar a dar vuelta un tanque, incendiarlo, hacerle un boquete, inutilizarlo para siempre. Sin duda era ese progreso tecnológico lo que había inducido a la búsqueda de nuevos métodos defensivos. El

más sencillo, pero también el más práctico, consistía en tomar a algún prisionero que perteneciera a la fuerza enemiga, y atarlo de pies y manos en la parte más expuesta del tanque, esto es, en su parte frontal. La idea era que los agresores del tanque se sintieran inhibidos de hacer fuego, puesto que si bien había una posibilidad eventual de ocasionar daños al tanque, la muerte del prisionero, a manos de sus propios camaradas, era en cambio un hecho indudable.

"Hay que pensar que un prisionero ya es un muerto", decía el doctor Mesiano, y de esa manera se evitaba sucumbir a la extorsión psicológica que ejerce el que se vale de un escudo humano. "Hay que pensar que ya está muerto desde el momento en que cayó en poder del enemigo", decía el doctor Mesiano. Esa disposición era la más efectiva, tanto con los prisioneros que se tomaban como con los prisioneros que tomaban los otros. Así tiene que pensar el que ata a un hombre en la parte delantera de un tanque para cruzarlo en la línea de fuego. Y así tiene que pensar el que está apuntando hacia ese objetivo y sobre él distingue a un hombre que chilla espantado sin poder moverse ni protegerse ni escapar: incluso cuando alcance a detectar el pánico en sus ojos, incluso cuando crea reconocer ese rostro distante y recordar su manera de fumar en una noche de insomnio en el cuartel, tiene que apretar los dientes y disparar, con la misma indiferencia con que se le dispara a un cadáver.

XIV

En el entrepiso estaban las oficinas. El trabajo de oficina es siempre el más tedioso, el más mecánico, el más repetitivo, el más impersonal. Hasta el sonido del tecleo de los que escriben a máquina parece distinto. Sobre los escritorios se apilan las planillas de puntas dobladas, y es raro que en los estantes dejen de torcerse los grandes biblioratos de color indefinible. Siempre hay alguien que para matizar enciende una pequeña radio portátil y sintoniza alguna audición de tango, pero esa radio siempre tiene interferencias y se mezcla, convertida en ruido, con el ruido de las máquinas de escribir. Las perforadoras de papel se usan para sujetar cosas encima de los escritorios; ningún cuidado alcanza para evitar que de alguna manera se escapen los pequeños redondeles de papel cortado de su interior y acaben por diseminarse en cada rincón y en cada juntura.

Así son, aproximadamente, todas las oficinas, y así eran también las oficinas en este lugar.

XV

"Las guerrilleras se hacen preñar a propósito", dijo el doctor Mesiano, "porque piensan que si están preñadas no las vamos a tocar". Bajó la ventanilla y escupió con energía sobre el empedrado: no tenía esa costumbre, pero las personas no siempre actúan de

acuerdo con sus costumbres. Estaba fastidiado. Le parecían más dignas las pobres putas de Vietnam, que se infestaban a propósito para después contagiar a los soldados enemigos. En eso al menos se apreciaba alguna forma de entrega, un sacrificio, incluso, si se quiere, una inmolación. "Estas cretinas, en cambio", decía el doctor Mesiano, "se hacen preñar por pura cobardía, y nos obligan a nosotros a combatir en condiciones tremendas".

XVI

Las tres mujeres se despidieron con ademanes excesivos y exclamados pedidos de reencuentro. Las dejamos en el mismo bar de copas de la noche anterior. La notoria efusión de sus adioses resaltó, por contraste, la retraída sequedad del hijo del doctor Mesiano: lo dejamos un rato después en la puerta de su casa y se fue sin saludar; sin saludar o saludando apenas, si es que se trató de un saludo el gesto desvaído que hizo alzando un poco la mano, creo que en dirección a mí.

XVII

Pasando las oficinas, pero siempre en el entrepiso, estaba también el depósito. En el depósito había, entre otras cosas, dos televisores, uno grande y uno

chico, cada uno con su antena (el chico tenía un celofán amarillo pegado sobre la pantalla, para dar sensación de color a las imágenes); un equipo de radio y pasacasete (radio AM/FM y onda corta); una afeitadora Philishave; dos tocadiscos estereofónicos; una pila de pantalones de varón y una pila de pantalones de mujer (la mayor parte, en una y otra pila, eran pantalones vaqueros); algunas zapatillas, no sé si todas con su par correspondiente; algunas botas de cuero o de gamuza; un ventilador Yelmo (con rotor); una linterna a pilas con dos intensidades de luz. Había también una serie de cajas de cartón. En una caja había relojes; en otra había un montón de anillos y pulseras, cadenas y medallas; en otra había encendedores y lapiceras; en otra había anteojos (casi todos, aunque no todos, anteojos de sol). Contra una pared se sostenían dos ruedas de auto: una más nueva, aparentemente sin uso, y la otra ya casi lisa y sin dibujos, desaconsejable sobre todo en días de lluvia.

XVIII

Las sifilíticas voluntarias al menos ofrendaban su vida: cumplían, a su modo, el juramento sagrado de dar la vida por la patria. Nadie ignoraba, y mucho menos las putas, que después de pasarles pestes y chancros a los enemigos, a ellas mismas les aguardaba una misma muerte, la rociadura con cal y la fosa

común. Pero lo hacían y morían con la conciencia en paz por el deber cumplido.

"Estas conchudas, en cambio", decía el doctor Mesiano, "se hacen preñar por cualquier pelotudo, porque una vez preñadas se sienten fuertes, invulnerables. Preñadas o madres, se creen el soldado perfecto, pretenden que nadie las pueda tocar".

Claro que el arte de la guerra consiste justamente en eso: en detectar la mayor fuerza con que cuenta el enemigo, para convertirla en su mayor debilidad.

XIX

En el primer piso había otra cocina, un poco más amplia, un baño, un comedor, un patio, unas salas de trabajo. En los últimos pisos estaban esos largos corredores oscuros, cada uno con un guardia; a cada lado había unas ocho o diez puertas de metal, puertas grises y opacas, doblemente clausuradas con llave y con cerrojo, que de no ser por una ínfima abertura ranurada que servía para ver sin ser visto, habrían conseguido parecerse al muro que las conectaba.

En el tercer piso se encontraba también un patio, casi idéntico al que habíamos visto en el primero. En ese patio, que no daba a ninguna parte, fumaba impaciente el doctor Padilla.

¿Qué puta no sabe que su cuerpo no es suyo? Así razonaba el doctor Mesiano. Una puta entiende que su propio cuerpo no le pertenece, o por lo menos, que no le pertenece del todo. El enfermo terminal consigue, aunque muy por otro camino, arribar a esa misma certeza. Hay algo en su cuerpo que ya no tiene nada que ver con él. Por eso estas personas se entregan tan dócilmente, a los clientes en un caso y a los médicos en el otro: porque dan su cuerpo sin darse ellos. Así razonaba el doctor Mesiano, y sostenía que al llegar a ese estado las personas adquirirían, paradójicamente, un poder muy particular. De alguna manera lograban una prodigiosa afinidad con lo que pasa en una guerra. Porque en una guerra los cuerpos ya tampoco son de nadie: son pura entrega, son puro darse a una bandera y a una causa. Así razonaba el doctor Mesiano: cuando en la guerra se acciona sobre un cuerpo, se está accionando sobre algo que ya no le pertenece a nadie. De ahí su interés por las putas de Vietnam, que habían llegado a ser, a un mismo tiempo, y maravillosamente, prostitutas, enfermas terminales, instrumentos de guerra.

Dos trescientos

I

En una de las salas del primer piso, había una balanza. No era una de las modernas, las que marcan el peso con una aguja en un visor. Tenía una pesa de metal que había que deslizar en una barra, y que indicaba el número correspondiente cuando la barra quedaba en suspenso. Por supuesto, lo que esa balanza perdía en modernidad, lo ganaba en precisión.

II

“Lo esperaba, doctor Mesiano, con bastante ansiedad, porque tengo acá a una piba en el borde entre la vida y la muerte.”

“¿De qué borde me habla, doctor? Por favor le pido: no me haga frases.”

“En buen criollo, doctor: está hecha bolsa. Y en mi opinión ya no resiste ni una pregunta más. Incluso, si no se actúa con rapidez, puede que la perdamos.”